

PRÓLOGO

Desde hace treinta años mantengo con Averroes una relación que más que intelectual parece afectiva. Se ha convertido desde entonces en el pensador que más me atrae y al que he dedicado más tiempo y más páginas de mis libros. Debo el comienzo de esta atracción a Salvador Gómez Nogales, un estudioso de primer orden que, tras doctorarse con una brillante tesis sobre Aristóteles en la Universidad Gregoriana de Roma, pasó a centrarse en el pensamiento arabo-islámico convirtiéndose en el redescubridor de la Psicología de Averroes que tantos acalorados debates había provocado en la Escolástica. Preparamos juntos la edición de *La Psicología de Averroes. Comentario al libro sobre el alma de Aristóteles* (Madrid, UNED, 1987) que incluía su traducción de este *Compendio* averroísta, primera a una lengua moderna, tras haber publicado unos años antes el texto crítico árabe. Leyendo al filósofo griego y el comentario del pensador andalusí, con el transcurso de mis frecuentes conversaciones con Gómez Nogales, fue cómo esa joya filosófica sedujo mi curiosidad intelectual.

En 1986 organicé en mi Universidad, la UNED, un ciclo de conferencias sobre Averroes que fructificó en un libro colectivo editado por mí, de título *Al encuentro de Averroes* (Madrid, Trotta, 1993), en el que se incluía mi artículo "Ibn Rušd, renovador de la filosofía en el mundo medieval". En 1987 apareció impreso el ya citado *La Psicología de Averroes* y tres años después el volumen *Ensayos sobre la filosofía de al-Andalus* (Barcelona, Anthropos, 1990), coordinado por mí y en el que colaboraban destacados arabistas y hebraístas en una recuperación colectiva del pensamiento andalusí. Al preparar la Introducción manejé las fuentes históricas que trazaban el perfil humano e intelectual de Averroes. Y a través de ellas descubrí estos hechos muy significativos de su biografía: empleó unos 10.000 folios en sus escritos; desde su juventud únicamente dejó de estudiar dos noches, la de su boda y la de la muerte de su padre; para servir de contrapeso al ataúd con su cadáver que llevaba una bestia de carga camino del cementerio, se colocaron los libros que escribió. Que en la Baja Edad Media fuera, junto con Aristóteles, el filósofo más leído y comentado entre los escolásticos cristianos, y al mismo tiempo el pensador más influyente entre los intelectuales judíos, como refleja la admiración de Maimónides, resultaba sorprendente. También lo era que el *bestseller* del Renacimiento lo representaran las obras de Aristóteles con los comentarios de Averroes, editadas en Venecia. Juan Vernet, historiador de la ciencia e ilustre arabista, valoró así su influencia: "Averroes es posiblemente el español que mayor influjo ha ejercido en todo lo largo de la historia sobre el pensamiento humano".

En los últimos años he profundizado en algunos aspectos de su filosofía como muestran mis libros *Sobre el intelecto* (Trotta, 2004), *Maestros de Occidente. Estudios sobre el pensamiento andalusí* (Trotta, 2007) y mis más recientes artículos, algunos de los cuales se reproducen aquí. He de decir que, aunque a veces cansado, no me he sentido solo en este largo camino. He sentido el calor de muchos de mis alumnos universitarios más allá de las obligaciones académicas, el afecto y la estima de medievalistas españoles y extranjeros entre los cuales destacaría a Fernand Van Steenberghen, Maurice de Gandillac, Mariateresa Fumagalli Beonio Brocchieri, Saturnino Álvarez Turienzo, Miguel Ángel Granada y Alain de Libera, y el ánimo fraternal de los arabistas Mahmud Ali Makki, Miguel Cruz Hernández, Hans Daiber, Carmela Baffioni y María Jesús Viguera.

Mi predilección por el **Moro Hispano**, como lo llamaban algunos escolásticos, tenía también algo de obligación moral, aunque esto resulte extraño en una época tan mercantilista como la nuestra y en un país tan hostil como España con sus mejores hijos, reprimidos con frecuencia en el interior cuando no arrojados sin piedad al exilio. Me parecía que debía contribuir en la medida de mis fuerzas a recuperar el legado de Averroes y a reintegrarlo en nuestra cultura como se había hecho en el pasado con Séneca y San Isidoro, por ejemplo, por no hablar del consenso general acerca de “nuestros” tesoros artísticos, como la Mezquita de Córdoba, la Alhambra de Granada y los Reales Alcázares de Sevilla. No me corresponde a mí valorar mi propio trabajo sino sólo dejar constancia de mi modesto esfuerzo y de su finalidad última.

Tras el destello de Averroes en la Edad Media y el Renacimiento, su estrella se eclipsó en los siglos posteriores coincidiendo con la desaparición de al-Andalus y la decadencia del mundo árabe. A su recuperación decimonónica por eruditos europeos ha seguido en el siglo XX un llamativo interés entre los intelectuales árabes y una sostenida y creciente atención de los medievalistas. Recuerdo que en un congreso internacional un colega se extrañó con cierto desdén de la calurosa acogida árabe por parecerle extemporánea. Dejaba de lado el papel de la tradición en la historia de la cultura e ignoraba que incluso los movimientos más innovadores buscan como referencia a sus clásicos. Así hizo Marx con la dialéctica de Hegel, así Gramsci con las teorías políticas de Maquiavelo y así los poetas contemporáneos españoles al buscar inspiración en Góngora cuando no en Garcilaso. También los árabes, a pesar de su repliegue cultural y del colonialismo, tienen sus clásicos, y entre ellos brilla con luz propia el cadí de Córdoba.

En unos tiempos como los nuestros en los que es habitual el desprecio hacia el Sur como territorio de atraso y barbarie, y cuando la islamofobia incendia los medios acusando colectivamente al mundo árabe de terrorismo mientras se silencia la destrucción de países islámicos enteros por parte de Estados Unidos y sus aliados para adueñarse de sus riquezas naturales, no

está de más recordar las hazañas científicas y culturales de los antiguos griegos y de los árabes medievales. Siguiendo la teoría de los climas, que acreditaba la propia historia, Averroes se hacía eco en su Comentario a la *República* de Platón de la mejor disposición para la ciencia de los pueblos del cálido Mediterráneo y Oriente Medio: “no podemos olvidar que habitualmente hay individuos mejor dispuestos para el saber, encontrándose estos tanto en el país helénico y sus alrededores, como en algunos de nuestros países islámicos, especialmente en al-Andalus, Siria, Iraq y Egipto, aunque esto se diese en mayor grado en la antigua nación griega”.

La vuelta a Averroes, o su *revival* en expresión de Oliver Leaman, se explica también por una indudable mejora de la historiografía filosófica. Pasó ya la época en que la filosofía medieval era coto cerrado de la escolástica rancia donde la ortodoxia campaba a sus anchas confundiendo hermenéutica con apologética. Comenzando con el cardenal Mercier en la Universidad de Lovaina y siguiendo con una pléyade de estudiosos católicos, la historia de la filosofía medieval se ha renovado profundamente en su metodología, ha ampliado su campo abriéndose a los estudios islámicos y judíos, y ha avanzado de manera considerable en la recuperación de textos filosóficos y teológicos que por diversos motivos estaban arrinconados en archivos y bibliotecas.

Los lectores podrán preguntarse en buena lógica por qué he titulado este libro “Hacia un nuevo Averroes”. ¿Es que Averroes no estaba ya descubierto o es que podía calificarse de ‘viejo’ el que conocíamos? Intentaré dar razón de ello. El pensador cordobés ha sufrido como pocos en la historia la tergiversación de sus teorías y la manipulación más descarada. Hasta Menéndez y Pelayo reconoció en su *Historia de los heterodoxos españoles* que “a mediados del siglo XIV se encontró transformado de sabio pagano (!) que había sido en una especie de demonio encarnado, cuando no en blasfemo de taberna”. No con tanta acritud, pero sí con una mezcla de ignorancia y viejos prejuicios ha sido enfocado muchas veces su pensamiento en el siglo XX. Incluso con un mejor bagaje intelectual se ha desfigurado su perfil filosófico reduciendo su gigantesca obra a los debates escolásticos del Medievo. Otras veces la tarea de los orientalistas ha consistido en medir casi milimétricamente su grado de aristotelismo o neoplatonismo, dando por supuesto que no había originalidad alguna en sus ideas. Incluso algún escritor, como Borges, llegó plantear en un bello pero desorientador relato la imposibilidad de conocer a Averroes dejando como única alternativa el absurdo de imaginarlo con “unos adarnes de Renan, de Lane y de Asín Palacios” (en un arranque de sinceridad reconoció años después que en realidad el Averroes de su relato era él mismo).

Por poco que se acepte una visión dialéctica de la realidad y de la cultura, creo que podemos admitir con razonable certeza que en los avances

de la ciencia y del arte no todo sobrevive sino que hay un elemento perecedero derivado de las limitaciones de la época o de las del propio autor. Seguimos fascinados con los conceptos de Parménides dejando de lado los hexámetros de su poema, elogiamos la Biología de Aristóteles aunque parezca rudimentaria comparada con la de Darwin, admiramos la creatividad de El Greco más allá de los temas religiosos de sus cuadros, podemos captar el mundo de ideas de Gramsci a través de las innumerables y dispersas notas de sus cuadernos de la cárcel. Y Averroes, como todos los grandes hombres de la historia, lleva el sello de su época.

Benedetto Croce escribió un ensayo de título expresivo: *Ciò che è vivo e ciò che è morto della filosofia di Hegel* que podría aplicar a nuestro sabio andalusí titulado nuestro libro al estilo crociano *Lo vivo y lo muerto en la filosofía de Averroes*. He preferido otro título teniendo presente el binomio nuevo/viejo y optando en mi enfoque por rastrear la novedad o actualidad de su pensamiento. No debo ocultar, sin embargo, por un falso pudor o parcialidad ideológica, lo que estimo viejo o caduco en él.

Un límite de época que ha pesado como una losa en la fama de Averroes son las formas típicas de los comentarios medievales que solemos llamar 'escolásticas'. Partiendo de las autoridades en un campo del saber (Hipócrates y Galeno en medicina, Platón y Aristóteles en filosofía, los Padres y la Biblia entre los teólogos cristianos) se comentaba un texto para fijar una doctrina o solucionar un problema debatido. Averroes utilizó este método tanto en filosofía como en medicina, pero nunca de modo servil repitiendo las ideas de los maestros anteriores. Así, amplió las teorías aristotélicas como se ve en el campo de la Psicología, transformó las propuestas políticas de Platón, criticó con severidad el neoplatonismo de Avicena, se distanció con frecuencia de Galeno y polemizó con al-Gazzali sin dejar de reconocer lo acertado de algunas de sus aporías. Tanto en los Comentarios como en sus obras originales encontramos elementos creativos característicos de un pensador que supera la tradición y hace avanzar el conocimiento.

Dejando de lado los ataques de la ortodoxia católica por ser ajenos a la racionalidad filosófica, la crisis más grave del aristotelismo y con ella del averroísmo se produjo por la aparición de la nueva Física de Galileo que echó por tierra las teorías físico-cosmológicas hasta entonces aceptadas. Esa vía iniciada por el griego quedó cerrada. Sin embargo, el naturalismo de Averroes seguiría levantando cabeza en medicina: tanto los especialistas en ella como los filósofos/médicos latinos utilizaban su *Colliget/Kulliyāt* como libro de cabecera.

Otro lunar para una mentalidad moderna radica en el énfasis medieval sobre la religión como cuestión central teórica-práctica. Aunque Averroes, como buen musulmán, le dedicó la atención que merecía en su época, no por

ello podemos considerar su posición como regresiva o anticuada. Primero, se esforzó en separar religión y filosofía hasta tal punto que provocó las iras de juristas y teólogos. En segundo lugar, devaluó las doctrinas de los teólogos reduciéndolas a meras argumentaciones retóricas o sofísticas. Además, mostró una mente abierta e ilustrada al concebir “las religiones (advírtase que habla en plural) como construcciones necesarias de la civilización” y al advertir que “los principios de la Ley [religiosa] trascenden el entendimiento humano”.

A pesar de las anteriores limitaciones de época o personales, el filósofo cordobés emerge incluso en nuestros días como un racionalista consecuente en todos los campos del saber, como un naturalista en su concepción del mundo y de la vida, como un jurista ecuánime que acepta los criterios razonados de otras escuelas jurídicas, como un intelectual comprometido que se atreve a criticar el poder político. Lejos de dedicarse a repetir, pensó por sí mismo y llegó tanto a descubrir nuevos conceptos como a plantear viejas cuestiones con innovadores métodos.

En cuanto al contenido del libro, diré que contiene dos calas textuales, una procedente del Comentario a la *Ética nicomáquea* (sobre la amistad y la felicidad) y otra del Comentario Medio al *De Anima* (sobre el deseo), una revisión a fondo de su famosa polémica con al-Gazzali, una panorámica de su recepción en el siglo XIII y dos artículos sintéticos de divulgación, uno al principio y otro al final del volumen. Creo que puede interesar la entrevista aquí reproducida y que llevó a cabo el profesor Salvador López Arnal porque plantea preguntas que no suelen suscitarse en los medios académicos. He incluido también dos Apéndices, uno que recoge diversos textos de Averroes y otro en el que he seleccionado algunas monografías de interés.

Sólo me queda desear que la estrella de Averroes brille en nuevas tierras y que su legado humanista arraigue en los jóvenes de hoy más allá de las fronteras que dividen nuestro mundo.

Madrid, febrero de 2017